

Algunos aspectos teológicos de la Misericordia

Some theological aspects of Mercy

Fr. Bernat Nebot, T.O.R.*

Sumario

En la celebración del sacramento de la Reconciliación debemos ser misericordiosos como el Padre, debemos ser un trasunto del rostro de la misericordia que es Cristo. Para ello nos ayudará reflexionar sobre la Misericordia, la conversión, la reconciliación y sobre el Sacramento de la Reconciliación. El presente artículo se centra en esas dimensiones desde una perspectiva franciscana.

Palabras clave: Penitencia, reconciliación, sacramento, misericordia.

Abstract

In celebration of the Sacrament of Reconciliation must be merciful as the Father, we must be a reflection of the face of mercy which is Christ. For it will help us reflect on the Mercy, conversion, reconciliation and the Sacrament of Reconciliation. This article focuses on those dimensions from a Franciscan perspective.

Keywords: penance, reconciliation, sacrament, mercy.

Fecha de recepción: 08/07/2016. Fecha de aceptación: 09/29/2016.

*Ministro local, Parroquia santo niño del Cebú. Madrid.

INTRODUCCIÓN

Y del mundo Conviene recordar para tenerlo muy presente que la Misericordia, la Penitencia- Conversión, la Reconciliación y el Sacramento de la Reconciliación forman parte esencial de nuestro específico carisma y, por lo tanto, de nuestra identidad al servicio de la Iglesia.

En el n.4 de la *Misericordiae vultus* el Papa Francisco cita unas palabras cargadas de significado que san Juan XXIII pronunció en la apertura del Concilio para indicar el camino a seguir: *“En nuestro tiempo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad... La Iglesia católica, en este Concilio quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llenal de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella”* (11 octubre 1962).

Por consiguiente, creo que el Sacramento de la Reconciliación tiene que iluminarse hoy sobre todo a la luz de la Misericordia y de la Reconciliación.

“Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso”.

Para Jesús, Dios es compasión, *entrañas* ”rahamim” en hebreo. Misericordia viene de la raíz de la palabra útero, y aplicado a Dios, indica que tiene entrañas de mujer, es decir, que Dios incuba y protege la vida, que ante lo que afecta a la vida, a Dios se le conmueven las entrañas. La misma raíz es utilizada en el relato de Lucas para indicar el tipo de respuesta que el samaritano tiene para con el herido (se le conmueven las entrañas). El prójimo es el que «ha matriciado» al herido, es decir, el que le ha hecho de útero, el misericordioso. También la encontramos en Lc 15,11-32 en la parábola del “padre bueno”.

El misericordioso es pues aquel que tiene respuestas uterinas, entrañables, hacia el necesitado; ser misericordioso es haber llegado a conmoverse instintivamente ante cualquier desgracia, igual como el útero materno responde instintivamente cuando un hijo peligr.

Misericordia = misero-cor-dare. Misericordia, solidaridad, ternura, bien querencia, alteridad. Dejarse «alterar», trastornar, afectar, conmover en profundidad por el otro es un rasgo fundamental para el discernimiento y vivencia cristianos. El otro me altera. El otro me afecta. El otro «me cambia», me hace misericordioso. La fraternidad inmediata es un hecho bien significativo en el evangelio.

1.- DIMENSIÓN TEOLOGAL DE LA MISERICORDIA.-

“En el principio estaba la misericordia”.

La misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo. Vale decir que se trata realmente de un amor “visceral”. Proviene de lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, de indulgencia y de perdón.

“Eterna es su misericordia” es el estribillo que acompaña a cada verso del salmo 136 que narra la historia de la salvación y de la revelación de Dios. La misericordia es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros, visible y tangible.

Es sabido que en el origen del proceso salvífico está presente una acción amorosa de Dios: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos y he bajado a liberarlos» (**Ex 3,7s**). Es hasta cierto punto secundario el establecer con qué término haya que describir esa acción de Dios, aunque lo más adecuado es denominarla «liberación». Lo que aquí nos interesa recalcar, sin embargo, es la estructura del movimiento liberador: **Dios escucha los clamores de un pueblo sufriente y, por esa sola razón, se decide a emprender la acción liberadora.**

A esta acción del amor así estructurada la llamamos «**misericordia**». Y de ella hay que decir: a) que es una *acción o*, más exactamente, una *re-acción* ante el sufrimiento ajeno interiorizado, que ha llegado hasta las entrañas y el propio corazón (sufrimiento, en este caso, de todo un pueblo, infligido injustamente y a los niveles básicos de su existencia); y b) que esta acción es motivada *sólo* por ese sufrimiento.

Parafraseando la Escritura, podríamos decir que, **si en el principio absoluto-divino «está la palabra» (Jn 1,1)** y a través de ella surgió la creación (Gn 1,1), **en el principio absoluto histórico-salvífico** está la misericordia, y ésta se mantiene constante en el proceso salvífico de Dios.

Vale aquí una antigua aclaración de san **Agustín** que «identifica» un poquito a Dios, y reorienta la frase de **Pascal**: «Piensas cómo será Dios. Y pienses lo que pienses no será así. Todo lo que puedas comprender con tu pensamiento ya no es Dios. Pero, para que puedas paladear algo: "Dios es Amor". Es la misma misericordia con que amamos.

2.- DIMENSIÓN CRISTOLÓGICA DE LA MISERICORDIA.- Jesús, Sacramento de la misericordia de Dios.-

La misericordia según Jesús: movido por la compasión.

Esta **primigenia misericordia** de Dios es la que aparece **historizada** en la práctica y en el mensaje de Jesús. El *miserear super turbas* no es sólo una actitud «regional» de Jesús, sino lo que **configura su vida y su misión y le acarrea su destino. Y es también lo que configura su visión de Dios y del ser humano.**

a) Cuando Jesús quiere hacer ver **lo que es el ser humano cabal**, cuenta la parábola del buen samaritano. Es un momento solemne en los evangelios que va más allá de la curiosidad por saber cuál es el mayor de los mandamientos. Se trata, en dicha parábola, de decirnos en una palabra lo que es el ser humano. Pues bien, ese ser humano cabal es aquel que vio a un herido en el camino, re-accionó y le ayudó en todo lo que pudo. No nos dice la parábola qué fue lo que discurrió el samaritano ni con qué finalidad última actuó. Lo único que se nos dice es lo que hizo «movido a misericordia».

El ser humano cabal es, pues, el que interioriza en sus entrañas el sufrimiento ajeno -en el caso de la parábola, el sufrimiento injustamente infligido- de tal modo que ese sufrimiento interiorizado se hace parte de él y se convierte en principio interno, primero y último, de su actuación. **Esta misericordia no es, pues, una entre otras muchas realidades humanas, sino la que define en directo al ser humano.** Por una parte, no basta para definirlo, pues el ser humano es también un ser del saber, del esperar y del celebrar; pero, por otra parte, es absolutamente necesaria. Ser un ser humano es, **para Jesús, reaccionar con misericordia**; de lo contrario, ha quedado viciada de raíz la esencia de lo humano, como ocurrió con el sacerdote y el levita, que «dieron un rodeo».

Esa misericordia es también la realidad con la que en los evangelios se define a Jesús, el cual hace con frecuencia curaciones petición: «ten misericordia», y actúa porque siente compasión de la gente. Y con esa **misericordia se describe también a Dios** en otra de las parábolas fundantes: el Padre sale al encuentro del hijo pródigo y, cuando lo ve -movido a misericordia-, reacciona, lo abraza y organiza una fiesta.

b) Si con la misericordia se describe al ser humano, a Cristo y a Dios, estamos, sin duda, ante algo realmente fundamental. Es el amor, podrá decirse con toda la tradición cristiana, como si fuese lo ya sabido; pero hay que añadir que **es una específica forma del amor:** el amor prático que surge ante el sufrimiento ajeno injustamente infligido para erradicarlo, por ninguna otra razón más que la

existencia misma de ese sufrimiento y sin poder ofrecer ninguna excusa para no hacerlo.

De forma sencilla, puede apreciarse esto en el hecho de que **el samaritano** sea presentado por Jesús como ejemplo consumado de quien cumple el mandamiento del amor al prójimo; pero en el relato de la parábola no aparece para nada que el samaritano socorra al herido *para cumplir un mandamiento, por excelso que sea, sino, simplemente, «movido a misericordia»*.

El sufrimiento de la gente fue, en efecto, la primera preocupación de Jesús, como también como curador del sufrimiento. Concretamente de los **enfermos** que se sentían excluidos del disfrute sano de la vida y que por lo tanto se sentían olvidados por Dios: los cojos, los ciegos, los leprosos no pueden entrar en la casa de Dios.

Lo primero que busca Jesús es el **contacto personal** curando de una manera gratuita y con palabras acogedoras y gestos acogedores reintegrándoles en la sociedad. Y esto lo hizo identificándose con los más pobres, haciéndoles sitio en su vida y defendiéndoles. La amistad y la misericordia para con los **pecadores** fue lo que provocó más escándalo y hostilidad, particularmente su actitud para con los **publicanos y prostitutas** a quienes y con quienes tenía mesa abierta. Era realmente **amigo de los pecadores** a quienes ofrecía el perdón gratuito.

c) En la parábola se ejemplifica cómo **la realidad histórica está transida de falta de misericordia -expresada en el sacerdote y el levita-, lo cual es ya** espantoso para Jesús; pero, además, los evangelistas muestran que la realidad histórica está configurada por la **anti-misericordia activa**, que hiere y da muerte a los seres humanos y amenaza y da muerte también a quienes se rigen por el «Principio-Misericordia».

Se comprende que **Jesús recomendara** como resumen de su visión del hombre: «Sed misericordiosos como el Padre celestial», aunque eso no sea posible.

La novedad de ese mandato es que **acaba con todos los moralismos**. Su ambigüedad es que, como la misericordia nos es imposible, seguimos necesitando los moralismos como andaderas o como muletas cuyo sentido es ser sacrificadas en el altar de la misericordia. Cosa que ha de asustar necesariamente a todas las instituciones, las cuales pueden medir sólo la transgresión no la misericordia que la provoca. Quizá Jesús sólo quería decir esto: «**Aliñad con gotas de misericordia vuestra torpe capacidad de relación. Así pondréis algo de Dios en vuestras vidas**».

Pero, si esto vale entre los seres humanos, en el **terreno expresamente religioso** Jesús se ponía mucho más serio: «Andad y aprended lo que significa Misericordia quiero y no religión"».

3.- DIMENSIÓN ECLESIAL DE LA MISERICORDIA.-

Este «Principio-Misericordia» es el que debe actuar en la Iglesia de Jesús; y el *pathos* de la misericordia es lo que debe informarla y configurarla. Esto quiere decir que también **la Iglesia, en cuanto Iglesia, debe releer la parábola del buen samaritano** con la misma expectativa, con el mismo temor y temblor con que la escucharon los oyentes de Jesús: qué es lo fundamental; en qué se juega todo

Muchas otras cosas deberá ser y hacer la Iglesia; pero, si no está transida -por cristiana y por humana- de la misericordia de la parábola, si no es, antes que nada, **buena samaritana**, todas las demás cosas serán irrelevantes y podrán ser incluso peligrosas si se hacen pasar por su principio fundamental.

Veamos en algunos puntos significativos cómo el «Principio-Misericordia» informa y configura a la Iglesia.

Una Iglesia des-centrada por la misericordia

Es problema fundamental para la Iglesia el determinar **cuál es su lugar**. La respuesta formal es conocida: su lugar es el mundo, una realidad lógicamente exterior a ella misma. Pues bien, el ejercicio de la misericordia es lo que pone a la Iglesia fuera de sí misma y en un lugar bien preciso: **allí donde acaece el sufrimiento humano, allí donde se escuchan los clamores de los humanos**.

Cuando la Iglesia sale de sí misma para ir al camino en el que se encuentran los heridos, entonces se des-centra realmente y, así, se asemeja en algo sumamente fundamental a Jesús, el cual no se predicó a sí mismo, sino que ofreció a los pobres la esperanza del Reino de Dios y sacudió a todos, lanzándolos a la construcción de ese Reino. En suma: el herido en el camino es el que des-centra a la Iglesia, el que se convierte en el otro (y en el radicalmente otro) para la Iglesia. La re-acción de la misericordia es lo que verifica si la Iglesia se ha descentrado y en qué medida lo ha hecho.

La historización de los clamores y de la misericordia.

Todo sufrimiento humano merece absoluto respeto y exige respuesta, pero ello no significa que no haya que jerarquizar de alguna forma las heridas del mundo de hoy.

Indudablemente, en cada Iglesia local hay heridas específicas, tanto físicas como espirituales, y todas ellas han de ser sanadas y vendadas. Pero, ya que la Iglesia es una y católica --como se dice de la verdadera Iglesia--, hay que ver, ante todo, cómo anda ese herido que es el mundo en su totalidad. **Cuantitativamente, el mayor sufrimiento en este planeta con más de cinco mil millones de seres humanos**, lo constituye la pobreza, que lleva a la muerte y a la indignidad que le es aneja, y ésta sigue siendo la herida mayor. Y esa gran herida aparece con mucha mayor radicalidad en el tercer mundo que en el primero.

Aunque sea teóricamente conocido, hay que repetirlo: por el mero hecho de haber nacido en El Salvador, o en Haití, o en Bangla- desh, o en el Tchad -como decía Ignacio Ellacuría-, los humanos tienen muchísima menos vida y muchísima menos dignidad que los que han nacido en Estados Unidos, en Alemania o en España. Esta es hoy la herida fundamental; y esto significa -recordémoslo en lenguaje cristiano- que lo que está herido es la misma creación de Dios.

La misericordia consecuente hasta el final.

En este mundo se aplauden o se toleran «obras de misericordia», pero no se tolera a una Iglesia configurada por el «Principio- Misericordia», el cual la lleve a denunciar a los salteadores que producen víctimas, a desenmascarar la mentira con que cubren la opresión y a animar a las víctimas a liberarse de ellos. En otras palabras: los salteadores del mundo anti-misericordioso toleran que se curen heridas, pero no que se sane de verdad al herido ni que se luche para que éste no vuelva a caer en sus manos.

Cuando eso ocurre, la Iglesia -como cualquier otra institución- es amenazada, atacada y perseguida.

Sin embargo, **Dios va más allá de la justicia con la misericordia y perdón. Si Dios se detuviera en la justicia dejaría de ser Dios, sería como todos los hombres que invocan respeto por la ley.**(Misericordiae vultus)

4.- DIMENSIÓN PASTORAL DE LA MISERICORDIA.-

“La misericordia es pues la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo

Tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia. Por una parte, la tentación de pretender siempre y solamente justicia ha hecho olvidar que se trata del primer paso, necesario e indispensable; la Iglesia no obstante necesita ir más lejos para alcanzar una meta más alta y significativa.

Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. Hemos de ser “misericordiosos como el Padre”. (Misericordiae vultus n 10)

Por la fuerza de la presencia del Espíritu y como fruto de la renovación conciliar, **hemos asistido en estos últimos años a una positiva revisión y revitalización del compromiso cristiano frente al fenómeno de la pobreza** y al mundo concreto de los pobres. Desde el impulso de la doctrina del Concilio, de los documentos sociales de los Papas, de la Conferencia Episcopal y del magisterio particular de los Obispos en sus propias diócesis, **se ha desencadenado una corriente de concienciación personal y comunitaria**, tendente a asumir *la opción preferencial por los pobres* como eje vertebrador de toda la pastoral de la Iglesia en una situación nueva de evangelización.

Esta positiva corriente eclesial ha provocado **la vuelta convertida de muchas Congregaciones religiosas a los carismas Originarios de sus fundadores**, realizando un noble y fiel esfuerzo de actualización de los mismos a las circunstancias cambiantes de nuestra sociedad.

El descubrimiento de un amor apasionado por los pobres y de una

decidida voluntad de servicio gratuito y entregado en aquellos hombres y mujeres con que el Espíritu nos ha regalado a través de nuestra historia pasada y reciente, ha provocado itinerarios de **fidelidad creativa**, no siempre fácil, por la complejidad de la situación presente comparada con el momento histórico en que los carismas fundacionales se originaron y se institucionalizaron como signo de eclesialidad y garantía de pervivencia.

La expansión del voluntariado

Han nacido en nuestras Iglesias iniciativas e instituciones nuevas, específicamente destinadas a responder a las antiguas y nuevas pobrezas, en torno a las cuales se han agrupado seglares, hombres y mujeres, mayores y jóvenes, deseosos de dar un cauce concreto al compromiso por los pobres, desarrollando un amplio movimiento de voluntariado inspirado en las exigencias del Evangelio. Las que ya existían han hecho un gran esfuerzo de renovación y de revitalización.

Las pastorales específicas

Se plantea hoy de nuevo la necesidad de impulsar en nuestras Iglesias pastorales específicas que, teniendo en cuenta las situaciones concretas de los sectores más desfavorecidos: el mundo obrero, el mundo rural más deprimido, los hombres y mujeres de la mar, las minorías étnicas..., promuevan el compromiso militante de la evangelización de los ambientes desde la inmersión, el acompañamiento y la cercanía.

La acción de Cáritas

El amplio movimiento de renovación y revitalización de Cáritas en sus diferentes niveles está promoviendo no sólo la multiplicación de cauces e iniciativas concretas al servicio de los más pobres y marginados, sino también una progresiva concienciación de toda la comunidad cristiana frente a la pobreza y frente a la necesidad y talante de la respuesta eclesial.

Desde todos los frentes

Profundización en las motivaciones evangélicas. La raíz de toda nuestra actuación es la fidelidad al Evangelio y la imitación de la actitud de Jesús con los pobres. Una pastoral social sin «mística» nos abocarla a una acción social desmotivada. Necesitamos vivir y experimentar la gratuidad, la entrega, el servicio desinteresado, la expropiación, la inmersión, el acompañamiento, la pasión por el Reino...

Descuidar la motivación evangélica supone el suicidio de nuestra acción. No es que no existan otras motivaciones nobles y sinceras para la intervención social. Las hay, con resultados extraordinarios. De ellas tenemos mucho que aprender. No se trata, por tanto, de monopolizar, ni siquiera en el campo de las motivaciones. Ni mucho menos se trata de confundir la motivación con la simple «buena intención». La primera exigencia de la motivación evangélica es, en efecto, una acción social bien hecha en sus aspectos humanos y técnicos. Como toda la acción pastoral, la pastoral social no puede vivir sin hondura de motivación.

5.- DIMENSIÓN FRANCISCANA

En el pensamiento y en la praxis de S. Francisco **la misericordia implica una** concepción global doctrinalmente sólida y se articula en aplicaciones concretas muy fecundas.

Aprendiendo del Señor, rico en misericordia y compasión (Gal.5,11) , Francisco, **escribe S. Buenaventura**, se inclinaba, con **maravillosa ternura y compasión hacia todo afligido de cualquier sufrimiento físico y cuando percibía** en alguien indigencia o necesidad, con dulzura de corazón lo consideraba como un sufrimiento del mismo Cristo. Tenía innato el sentimiento de la clemencia, se le partía el corazón ante la presencia de pobres y de enfermos, y cuando no podía ayudarles les ofrecía su afecto. (S. Buenaventura, LM. 8,5)

S. Francisco concretaba la misericordia en obras, llamadas expresamente obras de misericordia espirituales y corporales. El contenido de tales obras es tan rico y multiforme que invade todas las fuentes franciscanas.

Se trata de aplicar a casos concretos la ley del amor. A menudo, se trata también de la obligación que emana de la virtud de la justicia. **S. Francisco, por lo tanto, tenía un vivo sentido de la misericordia.** Por una parte se da cuenta de la bondad de Dios que reviste el mundo de misericordia y por otra el mismo se alimenta de misericordia y usa misericordia. Siempre “lleno de bondad y de gentileza”. Abraza con un inefable amor la Madre de Jesús porque nos ha obtenido la misericordia. “**La Madre de la Misericordia** está presente en el descubrimiento de la vocación de Francisco.” Por misericordia y gracia de Dios , Francisco conoce claramente su propia conciencia.

Según Leonardo Boff, la expresión de la misericordia en S. Francisco queda coloreada **por la ternura.** Ternura para con los leprosos, con la encarnación y la pasión de Jesús, ternura para con la hermana Clara, con sus hermanos y con la creación entera.

Finalmente, Francisco, escribe de su puño y letra: “Mientras me hallaba en los pecados se me hacía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y yo practiqué la misericordia con ellos. Y lo que antes se me hacía amargo se me cambió en dulzura de espíritu y de cuerpo” (Test.)

Y a Fray León le desea: “El Señor tenga misericordia de ti...”

6.- DIMENSIÓN FRANCISCANA-TOR.- LA MISERICORDIA Y LAS “OBRAS DE MISERICORDIA” EN NUESTRA REGLA, CONSTITUCIONES Y ESTATUTOS GENERALES.

REGLA TOR. N. 21

“...Y han de sentirse dichosos cuando se hallan entre gente de baja condición y despreciada, entre los pobres y los débiles, entre los enfermos y los leprosos, y con los que piden limosna a la vera del camino.”

CONSTITUCIONES TOR. Art. 2 / art. 136 / 146 / 148 / 149

2. Los miembros de esta Orden se comprometen a realizar más

plenamente su vocación a la santidad, que nace del bautismo y que es común a todos los cristianos. Su modelo es San Francisco de Asís, que siguió al Señor Jesucristo viviendo la vida evangélica en conversión continua. Según el espíritu de San Francisco, los hermanos se obligan libremente a vivir en fraternidad, a observar los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, a entregarse a la contemplación, al apostolado y a las *obras de misericordia*, con una especial dedicación a los pobres.

136. En la elección de las actividades apostólicas, hagamos una opción preferencial por los pobres y marginados.

146. Para San Francisco tuvo una importancia capital la convicción evangélica de que todos eran sus hermanos y hermanas. Animados por este sentimiento, los hermanos tomen cada vez más conciencia de que la injusticia que sufre uno, la sufren todos. Sean una voz profética que llame a la justicia evangélica a todo el que es responsable de cualquier forma de injusticia.

148. Conscientes de que en el mundo existen muchas divisiones que engendran sufrimiento, los hermanos busquen formas nuevas de llevar a cabo el ministerio de la reconciliación.

149. Recordando la intuición de San Francisco "Tenemos que amar mucho el amor del que nos ha amado mucho" (2 Cel 196), los hermanos se esfuercen por encontrar formas adecuadas que proclamen el amor de Dios a aquellos que caminan en las tinieblas de una sociedad secularizada.

ESTATUTOS GENERALES TOR art. 88 / 96 / 97.

88. No estemos de tal modo apegados a las obras tradicionales de apostolado que rechacemos las nuevas formas de evangelización. Más aun, tengamos el coraje en promover nuevas experiencias entre los pobres y necesitados.

96. Cada Provincia procure constituir la "*Comisión por la Justicia y la Paz*", que colaborará activamente con las Comisiones de las otras Provincias de la Orden y de la Iglesia local, para elaborar programas

específicos a nivel general y local.

Cada Provincia, mediante consultas con estas Comisiones, confeccionará programas adecuados para una mayor sensibilización, teórica y práctica, respecto a los problemas de la justicia y de la paz, proponiendo directrices para las diversas etapas de formación.

97. Los hermanos tienen que estar a la vanguardia en la promoción de iniciativas para la renovación de la Iglesia, mediante programas innovadores.

Los hermanos estén gustosamente disponibles para celebrar el sacramento de la reconciliación, tanto individual como comunitariamente. Busquen también a aquellos que tienen necesidad de reconciliación, principalmente si han abandonado la vida del bautismo.

LA RECONCILIACIÓN COMO EXIGENCIA, TAREA Y UTOPIA.

Toda reflexión cristiana sobre la reconciliación ha de tener como punto de arranque estas palabras de Pablo: *” todo proviene de Dios que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortara por medio de nosotros. En Nombre de Cristo os suplicamos: ¡Reconciliaos con Dios! (2Cor 5, 18-20)*

Conviene recordar para tenerlo muy presente que el concepto de Reconciliación es muy amplio y abarca la Misericordia, la Penitencia- Conversión, la Reconciliación y el Sacramento de la Reconciliación como también la ecología entendida como reconciliación con la hermana madre tierra. Todas estas realidades se encuentran íntimamente unidas y forman parte esencial de nuestro específico carisma y, por lo tanto, de nuestra identidad al servicio de la Iglesia.

Aunque la palabra “Reconciliación” no aparece como tal en el Antiguo Testamento sí que se narra su significado ya que todo él está repleto de historias de reconciliación.

Podemos decir que la **Reconciliación es una palabra clave dentro del**

misterio cristiano. Es de impronta típicamente **Paulina** y de contenido eminentemente cristiano. Aparecen en la Biblia otras palabras afines pero no son tan abarcadoras ni tan expresivas como el concepto de reconciliación.

La Reconciliación es un concepto clave, **muy del nuevo testamento.** Particularmente, es de **mucha actualidad, sobre todo después del Concilio Vaticano II, del nuevo ritual de la Penitencia y de la Exhortación apostólica sobre la Reconciliación y la Penitencia en la misión de la Iglesia.**

El término Reconciliación expresa, sobre todo, **la iniciativa de Dios,** aunque insinúa ya la respuesta del hombre. Pero es Dios quien toma la iniciativa y “reconcilia” a nosotros y al mundo. El hombre así, se “deja reconciliar” por Dios en Cristo, que ha querido confiar a su Iglesia el “ministerio de la reconciliación”.

La palabra **penitencia** es más restringida, en cuanto se refiere más bien **al esfuerzo** del hombre, a su respuesta, ya sea en el sacramento de la penitencia, ya sea en las diversas formas penitenciales no sacramentales.

En el nuevo ritual de la penitencia promulgado en su texto latino el 2 de diciembre de 1973, nos encontramos con una doble terminología para calificar este sacramento llamándolo sacramento de la penitencia-reconciliación. Pero no cabe duda que la expresión sintomática es la de “**Sacramento de la Reconciliación**”, viniendo a ser la expresión “penitencia” el aspecto auxiliar complementario de su carácter laborioso. **En ningún momento se habla de sacramento de la “confesión”.**

1. LA RECONCILIACIÓN COMO EXIGENCIA.

Eso quiere decir que solamente una iglesia reconciliada puede anunciar eficazmente la reconciliación.

Antes de proclamarla a los de fuera la iglesia tiene que vivir la reconciliación desde dentro. Tiene que **buscar siempre la conversión y la renovación.** Necesita purificarse y reconciliarse con Dios y con el evangelio.

La reconciliación, la penitencia-conversión son una exigencia apremiante, urgente, para la misma iglesia, porque tantas veces vive en una situación de pecado, tanto en sus miembros como en sus comunidades e instituciones.

He dicho pecado: sería interesante profundizar en la comprensión cristiana del pecado y de su nuevo planteamiento, porque **la crisis de la penitencia reconciliación es una crisis de pérdida del sentido del pecado, y al mismo tiempo, de pérdida del sentido de Dios** y por lo tanto, la crisis de la penitencia es **una crisis del hombre**, en cuanto que la culpa y el pecado quedan separados de la "responsabilidad" del hombre que deja de ser persona moral y religiosamente responsable.

La iglesia es santa pero también pecadora: la iglesia es pecadora porque la formamos nosotros hombres débiles. La comunidad cristiana pregona el reino de Dios y trabaja por extenderlo, pero ella no es el reino de Dios, ni es "oro todo lo que reluce". Y esto ocurre desde el Papa hasta el último cristiano, y ha ocurrido así desde el comienzo del cristianismo hasta que termine.

Es más, al mismo Jesús ya le salió "rana" uno de sus discípulos. **Y hoy sigue habiendo muchos discípulos que aún lo traicionan**, que le venden por dinero o por comodidad, o por cobardía, o por desidia... por tantas cosas!. Es la tragedia de la iglesia a la que los Padres de la Iglesia llamaban "la casta prostituta".

Pienso, por lo tanto que lo primero que hay que hacer es convertirnos al evangelio. Y la conversión que Dios quiere es la fe en el evangelio.

2. LA RECONCILIACIÓN COMO TAREA: EL MINISTERIO DE LA RECONCILIACIÓN.

La reconciliación no es solamente una exigencia para la misma iglesia es también una tarea tanto a nivel intraeclesial como extraeclesial.

a) AMBITO INTRAECLÉSIAL DE LA RECONCILIACIÓN.

Por poco que miremos nos encontramos con tantos y tantos espacios y campos que necesitan reconciliación, por ejemplo:

La iglesia del post Concilio que camina entre la liberación y la restauración involucionista: conservadores y progresistas.

El diálogo de la iglesia con la modernidad y postmodernidad

La mujer en la iglesia, los sacerdotes secularizados, los divorciados y los que se han vuelto a casar, los homosexuales, el terrorismo, las

minorías étnicas, lingüísticas, el racismo. la xenofobia, etc...

Creo que la autocomprensión que ha hecho la iglesia de sí misma en el Vaticano II puede ayudar a una reconciliación dentro de la iglesia.

El Vaticano II supuso y quiso ser el final de una etapa; el final de una era; y el final de un estilo. Pero sobretodo el comienzo de algo nuevo: mirar el mundo y el evangelio. Con esta doble mirada se pasa de la palabra humana a la Palabra de Dios; se pasa de una Iglesia oficial a una Iglesia como Pueblo de Dios; de una Iglesia clericalizada a una Iglesia de integración del seglar, de una piedad marginal a una liturgia viva y consciente; y de una Iglesia alejada del mundo a una Iglesia más cercana y al servicio del mundo.

La iglesia es esencialmente un Pueblo, una comunidad; todos sus miembros tienen que ser activos y responsables; una comunidad que es asunto de todos, eso si cada uno en su lugar porque hay una diversidad de carismas y de ministerios.

Pero tiene que quedar bien claro que la iglesia es esencialmente el pueblo creyente, que lo primero y fundamental en la iglesia no es la jerarquía sino el pueblo. El mismo orden de los capítulos de la LG lo confirma.

Más aún, parece que el binomio sacerdocio-laicado se completa mediante el esquema comunidad-ministerios.

Las consecuencias de estos principios teológicos pastorales ayudarán mucho a una reconciliación en la iglesia. Solamente voy a **nombrarlos:**

* Reformulación del concepto de unidad de la iglesia. (De la uniformidad a la pluralidad y diversidad).

* El pluralismo teológico.

* El ecumenismo interno. (Diálogo, comprensión, tolerancia).

El concepto piramidal y verticalista de la Iglesia.

Caminar sin desfallecer hacia un modelo de iglesia de participación y comunión.

Ámbito extraeclesial de la Reconciliación.

La iglesia, al menos en la GS., se ha reconciliado con el mundo extra eclesial y con el mundo moderno.

La Iglesia ha abierto un **amplio y sincero diálogo** con el mundo moderno: con todos sus problemas e inquietudes; un diálogo ecuménico con los hermanos protestantes, anglicanos y ortodoxos; un diálogo con las religiones no cristianas: con los judíos y con el Islam; con los budistas, hinduistas y hasta con los mismos ateos:

En la GS encontramos una inequívoca aceptación de la autonomía de las realidades temporales. (Ciencia, política, artes, etc) Se asume, sin ningún tipo de reservas, la secularidad y la laicidad del mundo, de la sociedad y de sus instituciones. Es, según Rovira Belloso, "*el final de un trayecto*", del llamado augustinismo político. Es el fin de la confesionalidad de la política. La iglesia ha conseguido todo esto a través del diálogo y de la inculturización.

La Iglesia del presente y del futuro será una iglesia de convertidos o en proceso constante de conversión.

Derribada irreversiblemente la Iglesia de cristiandad, la iglesia volverá a estar formada de personas que son cristianas, no por el hecho de haber nacido en un país cristiano sino porque se han convertido y han hecho una opción personal por el evangelio. "El cristiano del futuro será místico o no será cristiano", escribió el gran teólogo Karl Rahner.

3. Actitudes para la reconciliación

Primero: pacificar el propio corazón:

Detrás de toda violencia y enfrentamiento encontramos hombres y mujeres que siembran paz o discordia, respeto mutuo o intolerancia, reconciliación o resentimiento. Quien tiene un corazón lleno de fanatismo y resentimiento no puede sembrar paz a su alrededor. Quien busca ciegamente los intereses de su propia ideología sin escuchar la verdad de su conciencia fácilmente caerá en actuaciones apasionadas.

Con el corazón lleno de odio, condena, intolerancia, dogmatismo o resentimiento, se pueden hacer muchas cosas, todo menos aportar verdadera paz a la convivencia.

Segundo: promover una cultura de diálogo.

La reconciliación exige que el diálogo sustituya a la confrontación violenta. Frente a la cultura de la violencia necesitamos promover una cultura de diálogo: que haya una voluntad de diálogo, lo cual significa renunciar a la posesión absoluta de la verdad y la disponibilidad para reconocer lo que puede haber de verdadero, justo o razonable en el otro.

Tercero: suscitar un clima de perdón.

No es fácil perdonar. Perdonar no significa ignorar las injusticias de todo signo cometidas . Al contrario, si se produce el perdón es porque se recuerda el mal realizado y se quieren destruir sus efectos perversos en el presente. En la dinámica del perdón hay un esfuerzo para superar el mal con el bien.

Cuarto: orar por la paz y reconciliación.

4 .La reconciliación como objetivo y utopía

La reconciliación como utopía implica una convivencia entre todos los seres humanos, entre todos los pueblos, basada en la justicia y la paz. El Reino de Dios no es un territorio sino un estado de personas y sociedades fundadas en unas relaciones de justicia y de paz. Por eso para nuestros contemporáneos la implantación lenta pero progresiva de la justicia es el mayor indicador de la presencia operativa del Reino de Dios.

Uno de los signos del Reino de Dios se encuentra en la lucha por la justicia y a favor de los derechos humanos que lleva consigo una opción preferencial para con los pobres.

Os ofrezco a Francisco como modelo de reconciliación como objetivo y utopía: Francisco, en efecto fue un hombre reconciliado y reconciliador

1. Francisco hombre reconciliado y reconciliador.

Francisco fue un hombre reconciliado con Dios, consigo mismo, con los demás hombres, con la naturaleza y con el cosmos.

Francisco comienza siempre sus predicaciones con una invocación a la paz: “El Señor os de su paz”. La misión que Francisco confía a toda la Orden es una misión de paz y de reconciliación. Pide a todos los hermanos una actitud de paz ilimitada. Más aún: “La paz que anunciáis con la boca, debéis tenerla más en vuestro corazón”... provocando la concordia, porque a esto fuimos llamados.

Francisco tomó muy en serio el compromiso con la paz... en Perusa, Bolonia, Arezzo, Siena y Asís. De entre todas es célebre la reconciliación alcanzada por Francisco entre el obispo de Asís y el Prefecto de la misma ciudad.

No menos célebre es la mediación de Francisco entre el sultán Melek-Kamil con ocasión de la quinta cruzada. Sin ningún tipo de protección armada se presenta a cuerpo limpio ante el ejército musulmán y consigue ver al sultán, al que produjo un profundo impacto gracias a su simpatía, su tolerancia y su respeto y amor a la paz.

Con respecto a los grupos heréticos, pobres y evangélicos, pero críticos frente a la institucionalidad de la Iglesia poderosa, guerrera y rica, se comporta con enorme respeto y discreción. Lo mismo hacía con los animales liberando a los pájaros en cautividad, a la oveja llevada al matadero y se indignaba con quien maltrataba a los animales.

Para ello Francisco empleaba una estrategia a fin de liberar a los hombres del odio y de la violencia. Dicha estrategia consiste en dar prioridad a la bondad, a la cordialidad, a la paciencia y a la confianza en la sana energía que habita dentro de cada uno. Francisco otorga un voto de confianza a la capacidad liberadora de la bondad, la ternura, la paciencia, la comprensión. Francisco fue un hombre bueno de verdad.

Todo esto le lleva a Francisco a sentir un profundo respeto por cada individuo, porque cada cual es guiado por el Espíritu del Señor. Incita a la libertad, a la creatividad y al respeto a las propias decisiones.

Francisco fue sobre todo agente de reconciliación con lo que llamamos Iglesia institucional. Entendió su llamamiento como servicio a la Iglesia, no como oposición a ella. Así, respeta profundamente la estructura existente. Por eso dice en su Regla: “Todos los frailes sean católicos, vivan hablen católicamente”. Esta referencia a Roma no es solo jurídica y doctrinal, sino que posee también un aspecto afectivo,

como lo indica la existencia de un Cardenal protector de la Orden.

Su estrategia no es la del dedo acusador, sino de la conquista por medio de la bondad y de la radicalidad de su modo de vivir el evangelio. Francisco mantuvo siempre estas dos fidelidades: a los pobres y a la institucionalidad de la Iglesia.

2.-Los cristianos: hombres y mujeres, reconciliados e instrumentos de paz y de reconciliación.

Los cristianos hemos de ser personas reconciliadas e instrumentos de paz y de reconciliación.

Sembradores de reconciliación, en primer lugar, en nuestras familias, dentro de la Iglesia y en el mundo de hoy, como también, con la naturaleza. Toda una tarea, una utopía practicable que nuestras constituciones se encargan de concretarlo, mediante nuevas formas de evangelización y apostolado.

a) Reconciliados con Dios.

Para hacer esta experiencia tenemos necesidad de recuperar la dimensión contemplativa de nuestro ser. el valor del silencio, la formación permanente y el espíritu de oración.

Tengamos delante de nuestros ojos el ejemplo de Francisco. La dimensión contemplativa de Francisco fue tan intensa que Tomás de Celano la resume con una frase exacta y feliz: “No era un hombre que hacía oración, sino que era un hombre hecho oración”. Los eremitorios franciscanos, lugares de silencio y de una gran belleza, son una invitación a profundizar en el silencio, en un silencio de adoración, de estupor y de contemplación delante el misterio del inmenso amor de Dios.

Si queremos estar reconciliados con Dios debemos “tratar de amistad” y gustar la experiencia de la gratuidad de la oración; es necesario “gozar” de Dios no “utilizarlo”.

b) Reconciliados con nosotros mismos.

Esto significa que debemos reconciliarnos con los aspectos negativos

de la vida, aún con la misma muerte corporal. Hay que esforzarse para desarrollar la capacidad de integrar y aceptar los límites y la finitud de la vida. En esto consiste la perfecta alegría o la perfecta libertad.

Aceptar, en primer lugar lo negativo y la parte oscura de los demás. Aprender a vivir con serenidad aquello que no se puede cambiar tanto en nosotros como en los demás. Francisco aprendió a vivir alegremente aquello que no podía cambiar. Hagamos nosotros lo mismo.

He aquí una bonita oración: “Señor, dame serenidad para aceptar aquello que no puedo cambiar, valentía para cambiar aquello que puedo cambiar y sabiduría para conocer la diferencia”

c Reconciliados con los demás

Conviene recordar que la comunidad ideal, perfecta, no existe hay que contar con el conflicto, las tensiones inherentes a nuestra condición humana. Toda comunidad es una realidad conflictiva. Los conflictos son signos de vitalidad, pero tienen que iluminarse y enmarcarse dentro de los grandes temas teológicos de la Iglesia como comunidad de pecadores y de la necesidad constante de conversión y de reconciliación.

Un medio muy importante para resolver las situaciones conflictivas es el diálogo. El más grande enemigo del diálogo consiste en negar al otro el derecho fundamental de manifestarse. Otro enemigo son los mutuos prejuicios y la falta de confianza. De ahí que el amor es la puerta del verdadero y profundo diálogo.

d. Reconciliados con el creado y con la vida

Francisco fue un hombre reconciliado también con las criaturas y con todo lo creado. Se ha dicho que ha inaugurado una especie de “democracia cósmica”. (L.Boff). Llama hermanos y hermanas a todas las criaturas y canta a Dios no por encima de ellas sino con ellas.

Se puede decir que hoy la implantación del Reino de Dios va íntimamente unido a la lucha por la ecología. No podemos pensar en el Reino de Dios sin pensar en aquello que la humanidad está haciendo con nuestra hermana-Madre-Tierra. Se está despertando una nueva sensibilidad o espiritualidad ecológica.

Verdaderamente Francisco, debido a su actitud con las criaturas y con su sentido de poeta trascendente, es un precursor y un modelo para

todos nuestros contemporáneos que trabajan en la salvaguarda del creado.

EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Creo que **el Sacramento de la Reconciliación** tiene que iluminarse hoy sobre todo a la luz de la Misericordia y de la Reconciliación.

“Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso”

Todo esto que hemos reflexionado sobre la Misericordia y la Reconciliación se debe tener muy en cuenta a la hora de entender y administrar el Sacramento de la Reconciliación.

Nos encontramos todavía ante el fenómeno de la **crisis** del Sacramento de la Reconciliación. No se cotiza demasiado. Cada vez se confiesa menos gente, sin que por ello disminuya el número de las comuniones. Se nota una cierta insatisfacción tanto en los ministros de este sacramento como en los penitentes.

Es de desear que el Sacramento del perdón de los pecados, correctamente entendido y despojado de adherencias innecesarias, aparezca como respuesta a esa profunda necesidad de ser perdonado que experimenta todo aquel que se siente culpable.

Ningún sacramento ha experimentado tantos cambios como éste a lo largo de los siglos: La Iglesia concedía una nueva oportunidad, durante los primeros siglos, a los culpable de pecados graves y notorios (Homicidio, apostasía y adulterio); pero en caso de volver a las andadas, eran definitivamente expulsados de la Iglesia. La irrepetibilidad del sacramento de la penitencia se consideraba un freno contra el laxismo: “Nadie ha de hacerse malo porque Dios sea bueno, ni piense que cuantas veces es perdonado, tantas veces puede pecar”.

Además se celebraba en tres etapa: se confesaba al obispo su pecado grave y notorio, el Obispo cubría al penitente con un cilicio (vestidura confeccionada con pelos de cabra) y le indicaba el tiempo durante el cual debería llevar una vida de penitencia. Por lo general era toda la cuaresma, aunque a veces se prolongaba durante varios años. Así entraba en la “Orden de los penitentes” iniciándose así la segunda etapa. Por fin el jueves santo, reunida de nuevo la comunidad y estando las puertas cerradas los penitentes llamaban a la puerta y el Obispo salía a recibirlos en medio de la alegría de toda la comunidad.

No obstante, tras la reconciliación, el penitente todavía quedaba sujeto para el resto de sus días a ciertas exigencias penitenciales (como la prohibición de usar del matrimonio) que hacían de él casi un monje. De esta manera poco a poco se fue imponiendo la costumbre de retrasar hasta la vejez la recepción del sacramento.

Ahora bien ese rigorismo llevó a una situación insostenible que tuvo que dar paso a nuevas formulas, como efectivamente ocurrió.

A partir del siglo VI se empezaron a someter a la penitencia canónica todos los cristianos que lo querían, aun cuando no hubieran pecado gravemente. De esta forma, el estado de penitente fue convirtiéndose poco a poco en una especie de “tercera Orden” en la que ,en lugar de auténticos pecadores se enrolaban los cristianos deseosos de perfección. Pero de este modo recurrían a la penitencia los “buenos” y no lo hacían los “malos”.

Los monjes irlandeses siglo VII iniciaron una costumbre que se propagó por el continente: admitir la confesión de los pecados menos grave cuantas veces se quisiera y en un encuentro privado entre el sacerdote y el penitente. El rasgo más característico de este sistema es que el sacerdote imponía la penitencia aplicando unas “tarifas” que estaban detalladas en el *Liber poenitentialis*. Después de cumplir la penitencia (por ejemplo: por robar, un año de ayuno, por jurar en falso, siete años..) el pecador volvía al sacerdote que se le había impuesto y recibía de él la absolución.

·
Pero este sistema de la penitencia tarifada acabó cayendo en abusos y a partir del siglo XII la penitencia tarifada fue dando paso al sacramento de la penitencia tal como hoy lo conocemos.

Observaciones que hay que tener en cuenta para una buena y sana administración del sacramento de la reconciliación:

0. Este sacramento encuentra su máximo sentido en el perdón de los pecados mortales, aún cuando puedan-evidentemente- confesarse los pecados veniales. Es la idea de que este sacramento es un Segundo bautismo. Este punto de partida es importante ya que el sacramento de la reconciliación no debe entenderse a partir de de la confesión por devoción.

El marco correcto es otro.

De hecho el Concilio de Trento afirmó claramente que el sacramento de la reconciliación fue instituido para reconciliar de nuevo con Dios y con la comunidad Cristiana a quienes rompieran la opción del bautismo lo cual “no *habría sino necesario si existieran solo los pecados veniales.*”

La mayoría de los primeros cristianos se mantuvieron fieles a su opción bautismal, pero, desgraciadamente, seducidos por los viejos encantos del pecado que “está muerto, pero no sepultado... y se rebela” algunos rompieron su compromiso y volvieron a la vida de antes, abandonando la comunidad Cristiana.

Más adelante, después de una conversión sincera, mediante el sacramento de la reconciliación o penitencia, pueden volver a la Iglesia mediante el sacramento de la reconciliación que es como un “Segundo bautismo” o una “segunda table de salvación”.

La penitencia apunta, por tanto, a la conversión radical, a las rupturas que puedan dañar las actitudes fundamentales de nuestra vida de fe, que puedan hacer peligrar la opción fundamental de nuestro ser cristiano en situación de pecado grave o mortal.

La no reiterabilidad, hasta el siglo VI demuestra la seriedad con que la primitiva Iglesia concedía a la opción fundamental por Dios y por el seguimiento de Cristo.

1. El pecado no es solo una infidelidad para con Dios, sino que hiere igualmente a la Iglesia. Todo pecado incluso aquel que por ser secreto no produce escándalo es también un pecado contra la Iglesia, porque la ataca en una de sus notas esenciales, que es la santidad. Por consiguiente, la reconciliación con la Iglesia es signo y signo eficaz de la reconciliación con Dios.

Hay que redescubrir la dimensión eclesial de este sacramento. De ahí que la reconciliación con la Iglesia resulta más expresiva en las celebraciones comunitarias que en principio deben ser preferidas.

La fórmula B expresa mejor la eclesialidad en cuanto que la comunidad se siente necesitada de reconciliación, ya que escucha la Palabra de Dios y la llamada a la continua conversión, pide perdón, y alaba al Señor por el don de la reconciliación y se siente enviada a sembrar la reconciliación.

La eclesialidad debe quedar patente de alguna manera en el ministro del sacramento, que actúa en el nombre de Cristo y de la Iglesia.

3. A veces el sacramento de la reconciliación se ha convertido mediante la confesión en un instrumento para eliminar mágicamente la culpa sin que cambie nada en su vida real. Los sacramentos son celebraciones de la vida pero el sacramento de la reconciliación no sustituye a la conversión, sino que la celebra. No se puede ocultar la seriedad de la lucha contra el pecado.

4. El conocimiento de las actitudes interiores del penitente no se logra solamente mediante una enumeración de actos aislados o sea una confesión íntegra, sino en un clima de encuentro humano, es decir, de diálogo y confianza entre el sacerdote y el penitente. Esto se favorece en un marco físico distinto del confesionario clásico. De hecho, el ritual de 1975 pide sí, que la confesión sea íntegra, sin excluir ningún pecado grave, pero omite cualquier referencia a lo del género y número. Lo que el hombre de hoy necesita encontrar en el sacerdote es alguien capaz de situarle, en sinceridad y verdad a la vez ante su propia realidad y ante la santidad de Dios.

5 Desde el IV Concilio de Letrán en 1215, aunque ya se admitía la confesión de los pecados veniales, solamente se prescribió la confesión anual a los cristianos que se reconocieran culpables de pecado grave. Trento recuerda que el sacramento de la reconciliación es propiamente para los pecados mortales.

6. La práctica de la confesión frecuente por devoción se generaliza en el siglo XX como consecuencia de la invitación de comulgar a diario. Puede ser muy útil sobre todo cuando se une a un buen acompañamiento espiritual. En todo caso la norma no debe ser una periodicidad determinada, sino la autenticidad madura de arrepentimiento, capaz de acusarse no excusarse, saber distinguir entre lo que es y lo que no es pecado, no caer en el monoteísmo de la sexualidad

Por eso no hay que devaluar ni vaciar de sentido otras formas penitenciales de gran tradición en la vida de la Iglesia como por

ejemplo el ayuno, la limosna, el acto penitencial de la misa. Reducir lo penitencial en la vida de la Iglesia al sacramento no déjase de ser un empobrecimiento.

7. El sacramento de la reconciliación debe ser el sacramento de la alegría. No vendría mal modificar en este sentido tanto el escenario físico de la celebración como las actitudes subjetivas para descubrir el gozo profundo del perdón y de la reconciliación.
8. Actualmente hay tres modos de celebrar la reconciliación y la misericordia: la celebración individual, la comunitaria con absolución individual y la comunitaria con absolución colectiva. Todas deben mostrar el carácter eclesial del sacramento. No hay que crear falsas competencias entre las diversas fórmulas. El ritual insiste en la complementariedad de formulas.
9. La Iglesia da preferencia a la celebración comunitaria por muchos motivos. Hay que prepararla bien y que haya tiempo suficiente para el diálogo pastoral penitente-confesor. Ésta manifiesta más claramente la naturaleza eclesial del sacramento y la dimensión social y eclesial del pecado y de la conversión. Da cabida a la escucha más completa y rica de la Palabra de Dios y presta mayor peso a la oración en común.
10. La celebración individual. En esta celebración hay que recuperar el sentido comunitario y eclesial del sacramento y su aspecto de celebración. Momento privilegiado del rito es la celebración de la Palabra de Dios como también el gesto de imposición de manos. En cuanto a la confesión el Cardenal Martini sugería lo siguiente: La “confessio laudis” o acción de gracias y alabanza a la misericordia de Dios; la “confessio vita” en la que uno se reconoce picador concretamente responsabilizándose de las diversas acciones o actos que han ofendido gravemente al Padre misericordioso y la “confessio fide” en la que el penitente se dispone y prepara para acoger el perdón y la misericordia

del Padre en la absolución.

11. Finalmente la celebración multitudinaria o urgente, reservada a situaciones especiales tiene la misma estructura que la celebración comunitaria. Está regida según las indicaciones de cada Obispo diocesano.

Quiero terminar con unas palabras del Papa Francisco:

“Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un signo de la misericordia del Padre. Ser confesores no se improvisa. Se llega a serlo cuando, antes de todo, nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón. Cada confesor debe acoger a los fieles como el Padre de la parábola del hijo pródigo: un padre que corre al encuentro del hijo aunque hubiese dilapidado sus dones. Hay que abrazar a este hijo arrepentido que vuelve a casa y manifestar la alegría por haberlo encontrado. No harán preguntas impertinentes, sino como el padre de la parábola interrumpirán el discurso preparado por el hijo pródigo, porque serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón. En fin siempre deben signos del primado de la misericordia” (misericordiae vultus n.17)

BIBLIOGRAFÍA

Ritual de la Penitencia 1973.

GONZÁLEZ FAUS, Las palabras de la *miseri-cordia*, Santander, Sal Terrae, 1990.

SOBRINO, Jon, “Iglesia Samaritana: el principio-miseri-cordia”, *Sal Terrae*, 16 (1990). HH.SAN JUAN DE DIOS, Los pobres nos evangelizan, Madrid, 1992.

ACTAS DEL CONGRESO NACIONAL SOBRE LOS DESAFÍOS DE LA POBREZA A LA ACCIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA, Madrid, 1996.

BENASSAR, B., *Moral Evangélica y Moral social*, Salamanca, Sígueme 1990.

TEMPERINI, Lino, TOR., DIZIONARIO FRANCESCANO, Ediz. Messaggero: *miseri-cordia*.

REGLA, CONSTITUCIONES Y ESTATUTOS GENERALES TOR. 1992.